

Alfonso M. Escudero, O. S. A.

# Martí

## I. LOS 42 AÑOS DE JOSE MARTI



**N**ACIO José Martí el 28 de enero de 1853, en La Habana. Sus padres fueron Mariano Martí Navarro, valenciano; y Leonor Pérez Cabrera, canaria de Santa Cruz de Tenerife.

Don Mariano llega a Cuba como soldado (sargento); más tarde es celador de policía, y siempre un español algo rudo, algo esquivo, e integérrimo.

Pepe aprende a leer en el Colegio de San Anacleto; y cuando ya se ha hecho notar como alumno aventajado, una sonrisa del destino lo lleva a la Escuela Municipal de Varones, donde (1864) se encuentra con don Rafael María Mendive, que va a imprimir en él una marca para toda la vida. Mendive —educador y poeta— descubre en Martí pasta de artista y héroe, lo cultiva como tal y se compromete (1866) a costearle los estudios de bachillerato.

En 1868 Pepe Martí rinde exámenes de segundo año secundario, como alumno del Colegio de San Pablo, que es el que ahora dirige Mendive.

En realidad el muchacho vive más con Mendive que con su

propia familia. A tal grado ha llegado el ascendiente del sabio y suave mentor.

El destino de los españoles en América había sido el de engendrar criollos inconformistas. Es lo que pasa a don Mariano con su Pepe.

Tres fueron en el siglo XIX las posiciones de los cubanos no conformistas con el régimen español: el autonomismo, el anexionismo (a los Estados Unidos) y la independencia. La del autonomismo era una solución tímida; la del anexionismo era indigna; para los cubanos que —desarrollo económico, preparación cultural y política— se consideraban maduros para tener *su* patria, no había otra solución que la independencia lisa y llana, posición muy para Martí, como correspondía a un adolescente moldeado por Mendive.

El grito de Yara (10 de octubre de 1868) encuentra a Pepe matriculado en tercer año. Pero a poco sobreviene la detención de Mendive, y su colegio es clausurado.

Entretanto Martí experimenta por primera vez (enero de 1869) la emoción de que un periódico acoja algo suyo: *El Siglo* su soneto *Diez de Octubre*, y luego *La Patria Libre* su poema dramático *Abdala*. Todo, de intención política.

Un papel imprudente —firmado por Pepe y Fermín Valdés Domínguez— da a ambos amigos ocasión para una competencia de generosidad y (1870) lleva a Pepe a la cárcel, de la cual sale sólo para ir a sufrir, en unas canteras y durante seis meses, transformado en el número 113, el suplicio del sol y unos grillos que le dejarán marcadas para siempre las piernas, pero todavía mucho más el espíritu. Hasta que, tras una sedante reclusión en la isla de Los Pinos, lo deportan a España.

Apenas en Madrid, publica (enero de 1871) *El presidio político de Cuba*. Son —dice Mañach— “cincuenta páginas vibrantes de dolor y de piedad, de dramático verismo y de apóstrofes y antítesis

huguescas", muy del estilo de quien acaba de pasar tres meses en una isla leyendo la Biblia y *Los Miserables*.

Entra en contacto con cubanos distinguidos: Nicolás Azcárate, Calixto Bernal, Barbarita Echeverría; y con escritores políticos peninsulares.

Martí es pobre, muy pobre. Pero sus amigos velan delicada y constantemente por él. Y no sólo mediante la encomienda de clases privadas y traducciones.

Mientras tanto, él asiste al teatro, en los salones asimila buenas maneras, presencia torneos de elocuencia, escribe en los periódicos, y, sin haber terminado su bachillerato, se matricula en la Universidad Central.

El 27 de noviembre de 1871 se fusila en La Habana a 8 estudiantes. Martí vibra horrorizado ante la noticia, y se hace a sí mismo un juramento sin palabras.

Se le une en Madrid su fraternal amigo Fermín Valdés Domínguez.

Y Martí continúa escribiendo artículos, estudiando, agitando opiniones. Se lo llama *Cuba Llorá*...

Se traslada, con Fermín, a Zaragoza (1873), y, en dieciséis meses (1873-1874), rinde, en pintoresco desorden, un número impresionante de exámenes secundarios y universitarios. Hasta que llega a ser licenciado en Derecho... y bachiller.

Aparte el atracón de estudio, en la ciudad de la Pilarica ha vivido Pepe un período de relativa felicidad: holgura en gran parte derivada de la compañía de Fermín, y estímulo de unos ojos femeninos cariñosos.

Pero... España ya no puede brindar ninguna esperanza a quien ha jurado consagrarse a la independencia de su tierra.

A fines de 1874 se traslada a París, donde visita la tumba de Eloísa y Abelardo y conoce a Víctor Hugo y a Augusto Vacquerie. Y en Southampton, con pasaje de tercera que la generosidad de Fermín transforma en de primera, se embarca rumbo a Veracruz.

Pocos días más tarde, sube a la capital. En México, se reúne con su familia, que ha emigrado de Cuba en busca de mejor acomodo. Pero llega tarde para alcanzar a ver a la hermana predilecta, Anita, que acaba de morir.

La estada en México es trascendental en la vida de José Martí: allí comienza a conocer la grandeza del pasado indígena y la del colonial; allí entra a ganar el pan para sí y para los suyos; allí se casa; allí se hace de amigos como Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, Peón y Contreras, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, y, sobre todo, Manuel Mercado.

Trabaja en lo de siempre: clases, artículos, traducciones, a lo que hay que agregar una obrita teatral: *Amor con amor se paga*.

Y a propósito de amor, vive un poco el embrujo de Rosario la de Acuña; y luego el de una actriz, hasta que, como dice Hernández-Catá, "merced a esa ternura recóndita con que se atraen los de una misma tierra fuera de ella, halló a una cubana y la amó con el amor doble de quien no quiere padecer terribles sueños y aspira a engendrar en mujer de su suelo un hijo a quien entregar la patria conseguida" (pág. 153): es la acaudalada y linda camagüeyana Carmen Zayas Bazán, con la que se compromete.

Nostálgico, vuelve (1877) de incógnito a La Habana; permanece allí un mes, y pasa a Guatemala.

Lindo país el de Guatemala; y considerable el papel que desempeña en la vida de Martí: hijo de guatemalteco es su amigo Fermín Valdés Domínguez, "hermano del alma"; y de Guatemala, María García Granados, "la frente —dice— que más he amado en la vida".

Residía por esos años en la ciudad de Guatemala una familia cubana emigrada: los Izaguirre, que sostenían un colegio muy frecuentado por niñitos y niñitas de gente pudiente.

También —recuerda M. Soto Hall— "también recibían clases de pintura, música y canto, literatura y algunas otras materias de



adorno, muchachas de quince, dieciséis y dieciocho años. Entre éstas predominaba por sus galas y sus prendas María”.

Pero Martí no la conoció en el Colegio Cubano, sino en un baile de fantasía de los que se daban en su casa, la del general y expresidente García Granados.

María se enamora locamente de aquel extranjero pálido que acaricia con la palabra. (“Tu niña”, firma en una dedicatoria). Y el extranjero se deja amar; a pesar de todo, regresa a México a cumplir un compromiso; y el 20 de diciembre de 1877 contrae matrimonio civil y religioso con Carmen Zayas.

Vuelve con Carmen a Guatemala, donde hace méritos para que lo llamen *Doctor Torrente*, como en Madrid lo habían llamado *Cuba Llorá*.

¿Y María? “Nosotros sus compañeros —sigue recordando Soto Hall— vimos cómo languidecía a ojos vistas María García Granados. No fué nunca un bullicioso cascabel, pero sí una campanita de cristal sonora. Sabía muchas cosas y las refería con *donaire*... Ahora había cambiado por completo... La colegiala estaba callada y triste... Cierta día la compañera fina y frágil como un ala de mariposa, que hacía tiempo había venido adelgazándose como si un cincel invisible desgastara su figura estatuaria, faltó al colegio; y corrió el rumor de que se encontraba grave... Una mañana... recogimos flores para la compañera que no regresaría más”.

Dicen que murió de frío;  
yo sé que murió de amor,

recordará más tarde Martí. Y el recuerdo de María se le convertirá en una obsesión que canalizará en poema.

Por el momento le habría sido violento continuar en el país. Y la ocasión de alejarse con gallardía se la da el mismo caudillo guatemalteco del momento: el general Barrios.

Con la paz de Zanjón (10 de febrero de 1878) ha terminado en Cuba la Guerra de Diez Años.

Martí regresa por Honduras a La Habana.

Da clases privadas; le nace el hijo; trabaja como abogado, primero en el bufete de don Nicolás Azcárate, que también ha regresado a Cuba, y luego en el de don Miguel F. Viondi (donde comienza a tratar a Juan Gualberto Gómez); entra a formar parte del personal del Liceo de Guanabacoa; dice discursos incendiarios, conspira.

En setiembre de 1879 vuelve a salir deportado hacia España.

En Madrid se encuentra con Juan de Dios Peza, su amigo y compañero de México. Pasa largas horas en la Biblioteca del Ateneo leyendo especialmente a Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, Jovellanos.

Después de algunos días en París, se traslada a Nueva York, a donde llega el 3 de enero de 1880.

Se hospeda en casa de los Mantilla Miyares (calle 29, N.º 51).

Ejerce un empleo en una oficina; escribe en un inglés incorrecto y sabroso para *The Hour*, y en francés para *The Sun*.

Además, se incorpora desde el primer momento al Comité Revolucionario Cubano de Nueva York.

Se le une Carmen con el hijo, el "reyezuelo", con quien juega en las mañanas.

En 1881 pasa seis meses en Caracas.

Su primera visita es al monumento a Bolívar. Después ya podrá entablar amistad con el grande y austero Cecilio Acosta, con Eloy Escobar y otros.

Siente nostalgia del hijo. En Madrid, se había visto casi agredido por una madre al besar en un paseo público a un niño que le recordaba el suyo. Ahora vuelca en versos su emoción.

Da clases de oratoria a un grupo de muchachos que más tarde han de ser célebres (Gil Fortoul, César Zumeta, Picón Febres, Lisandro Alvarado...); publica dos números de la *Revista Venezol-*

lana; hace de Cecilio Acosta, recién muerto, un elogio que es una bofetada indirecta a Guzmán Blanco; y, gracias al dinero que le presta Arístides Rojas, vuelve a Nueva York antes que sea demasiado tarde.

Desde allí envía a *La Opinión Nacional* de Caracas correspondencias firmadas con seudónimo, y se liga a venezolanos desterrados: Pérez Bonalde, Gutiérrez Coll, Bolet Peraza.

Hace más versos dedicados al hijo. Pérez Bonalde y Gutiérrez Coll lo animan a publicarlos, y así aparece *Ismaelillo* (1882), que Darío llamará "minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos", y que Pedro Henríquez Ureña señalaba como primer paso dado en América en la historia de la renovación modernista.

Ese mismo año acrecienta considerablemente y cierra sus *Versos libres*, que había comenzado a escribir en 1878, pero que no se publicarán sino después de su muerte.

Todavía hay otro motivo para considerar trascendental en la vida de Martí ese año de 1882: cesan sus correspondencias para *La Opinión Nacional* de Caracas, pero en cambio comienza (13 de setiembre) su serie para *La Nación* de Buenos Aires, que difundirá su nombre en el sur.

Además escribe en *La América* neoyorkina, traduce para la casa Appleton algunas obras, y es designado vicecónsul del Uruguay.

Con todo lo cual ya puede permitirse el lujo de alquilar en Brooklyn una casita decente, donde vuelven a reunírsele Carmen y su hijo, y a donde llega también un día don Mariano (1883).

Y prosigue —en el periódico y en la tribuna— su labor por la libertad de Cuba. Porque:

"¡Señores, el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste!"

Sin embargo, él sabe esperar. Cree que, en vez de precipitarse, la consigna debe ser la de unirse.

Liberal romántico, y anticaudillista, no ha querido vivir en Cu-

ba por no estar de acuerdo con el coloniaje; y sale de México por no humillarse ante Porfirio Díaz; de Guatemala, por discrepancias con el general Barrios; y de Venezuela, por no sumarse a los incensadores de Guzmán Blanco.

Ahora (20 de octubre de 1884) se distancia del general Máximo Gómez, porque no quiere "cambiar el despotismo político actual en Cuba por el despotismo personal, mil veces peor".

Y como hay quienes no comprenden o no quieren comprender su proceder, el 23 de junio de 1885 hace publicar en *El Avisador Cubano* de Nueva York, el anuncio de que el jueves 23, a las 7.30, estará en Clarendon Hall, listo para responder a los cargos que quieran hacerle sus conciudadanos. Una ovación vota con claridad a favor suyo.

Muere en La Habana don Mariano, su padre (1887); y la madre, doña Leonor, va a pasar junto al hijo algunos meses.

Entra a colaborar en *El Economista Americano*, de Nueva York; y sigue traduciendo.

Es nombrado cónsul del Uruguay (abril de 1887), como más tarde lo será de Argentina (junio de 1890) y del Paraguay (julio de 1890).

Pero su ocupación dominante sigue siendo, sobre todo desde 1887, la patriótica.

Atiende en Front Street, 120.

Una de sus predilecciones son los niños.

A veces sale en compañía de los Mantilla o los Carrillo, y les habla en el lenguaje del que se achica para ser entendido por los niños. Desde luego tiene el arte de saber interesarlos con cuentos.

Gracias a un brasileño, A. d'Acosta Gomes, funda (1889) una revista destinada a la gente menuda, *La Edad de Oro*, que Hernández-Catá ha llamado "prodigio de pedagogía simpática".

Para escribirla, dice Gutiérrez Nájera, "ha dejado de ser río y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido: se ha hecho niño".



Pero *La Edad de Oro* no alcanza sino a cuatro números (julio-octubre).

A fines de 1889, la Sociedad Literaria Hispanoamericana que acaba de fundarse en Nueva York y que preside el colombiano Santiago Pérez Triana, designa a Martí para que hable en su nombre en la velada que celebra en honor de los delegados a la primera Conferencia de las Naciones Americanas.

Sigue escribiendo versos, pero sobre todo versos sencillos. Los *Versos sencillos*, precisamente.

Miembro de *La Liga*, sociedad protectora de la instrucción de la gente de color, y profesor de español en la Escuela Central Superior de Nueva York, trataba en sus clases de lo que los alumnos le pedían; y alguien decía de él:

“Dan ganas de cometer faltas adrede, por el solo gusto de oírse las corregir”.

Participa en la Conferencia Monetaria de Wáshington (1890).

Carmen Zayas hace, reuniéndosele en Nueva York, el último esfuerzo para rehacer el hogar. Pero la soldadura ya es imposible.

Y a este propósito, desde luego habría convenido que Martí no se hubiera casado con Carmen Zayas, que a todo anteponía el porvenir familiar: ellos, el hijo.

Eso desde el punto de vista de ella, independientemente de cierta proclividad confesada por Martí una vez que escribía desde los Estados Unidos:

“Este es el único país de cuantos he visitado donde he podido pasar una semana sin concebir una devoción particular y un afecto profundo por alguna mujer”.

¿Cómo extrañar, pues, que, lejos de la suya, enamoradizo y sediento de ternura, diera a Carmen Zayas muchas veces motivos de distanciamiento?

Así, aquel hogar apenas lo fué año y meses. Y Martí, desde su llegada a Nueva York, se había dejado cautivar de los ojos y

la suavidad de Carmita Miyares de Mantilla, a cuya hija menor, María, consagrará el cariño de un padre tiernísimo.

Y retrocediendo un poco, ¿no podríamos atribuir a la niña de Guatemala la primera arruga en la frente de doña Carmen Zayas Bazán?

La acción cubanista de Martí, que se agudiza en el quinquenio 1887-1891, desde 1891 se precipita.

Todavía olorosos a tinta de imprenta sus *Versos sencillos* (1891), al protestar España de que el cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay se ampare en sus franquicias de cónsul para agitar con más comodidad, renuncia (17 de octubre) a los consulados; e, invitado a Tampa por Néstor L. Carbonell y no queriendo otros lugares ser menos que Tampa, Martí quiebra su permanencia en Nueva York en continuos viajes de propaganda, tan eficaces como los realizados (fines de 1891 y comienzos de 1892) a Tampa y Cayo Hueso.

“La palabra ardiente de Martí lima aristas, dobla y junta criterios, calienta voluntades” (Mañach, 209); y el Partido Revolucionario Cubano ya es una realidad.

En marzo de 1892 aparece el primer número del órgano del partido: *Patria*, que con frecuencia tendrá Martí que redactar casi enteramente.

Y sigue en sus actividades de líder y palabra de la revolución.

“Montado en un relámpago”, conversa con uno y otro, detiene golpes, pronuncia discursos, lee conferencias, escribe cartas, redacta instrucciones condensadas a tres secretarios a la vez, envía agentes a donde conviene enviarlos.

¿Hace falta volar a Santo Domingo para comprometer la espada indispensable de Máximo Gómez? Allá va Martí, y durante tres días, conversa con Gómez de Montecristi (setiembre de 1892).

Vuelve por Jamaica para abrazar de pasada a la madre del general Maceo. Y en octubre ya puede dar cuenta de su viaje.

En Tampa casi es víctima del veneno. Pero es allí mismo donde Paulina Pedroso, entusiasmada con su prédica, grita:

—Caballeros: si alguno de ustés tiene mico de dar su peseta o de ir a la manigua, que me dé sus calsones, y aquí tiene mi camisión...

El 24 de mayo de 1893, en una fiesta del Hardman Hall, coincide Martí con Rubén Darío, de paso para París y Buenos Aires. Esa noche Martí —ya delegado del Partido Revolucionario— tiene que defenderse ante un auditorio hostil. Resultado: es aclamado. Ahora ya podrá charlar largo con el nicaragüense, que años después recordará:

“Nunca he encontrado, ni en Castelar, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen”.

Vuelve a ir a entrevistarse con Máximo Gómez, y en seguida se traslada a Costa Rica a hablar con Antonio Maceo y Flor Crombet, y de Panamá se embarca para Nueva York.

Sigue acumulando fondos y comprando armamentos para la guerra. Pero cuando un bandolero ofrece diez mil pesos para la caja de la causa, Martí rechaza el ofrecimiento.

Nuevas jiras (1894) por Filadelfia, Tampa, Cayo Hueso, New Orleans, Costa Rica, Panamá, Jamaica, México, en lo de siempre: reunir recursos, animar tibios, ganarse voluntades.

A fines de 1894 lleva gastados 75,000 pesos, pero ya están listos y bien equipados los tres barcos en que han de trasladarse a Cuba expedicionarios y armas. Una delación (enero de 1895) hace fracasar el plan. ¡El gobierno de los Estados Unidos se incauta de los barcos que tanto ha costado alistar. Martí llora de desesperación. Pero se rehace.

Doña María Abreu de Estévez y otras personas reaccionan con generosidad remediadora.

Y el 31 de enero vuelve Martí a salir para Santo Domingo. Es la tercera vez... y será la última.

En Montecristi reciben él y Gómez (26 de febrero) la noticia del alzamiento general de Cuba de dos días antes.

La junta de jefes decide que Martí regrese a los Estados Unidos a continuar los trabajos de organización y propaganda. Pero él habría preferido que ningún Collazo pudiera volver a decirle que hacía la guerra desde el escritorio. Y cuando los demás jefes acceden a su voluntad de trasladarse a la isla levantada en armas, Martí se alegra como un niño.

El 25 de marzo firma con el general Gómez el Manifiesto de Montecristi.

Ese mismo día escribe a Federico Henríquez Carvajal una carta que también se ha hecho célebre como su testamento político. Una semana después, el 1.º de abril, dirige a Gonzalo de Quesada y Aróstegui una que se considera su testamento literario; y el 9 de abril, otra, a María Mantilla, maravillosa carta que Lizaso llama "testamento del corazón de Martí".

Y es que Martí presiente que ha llegado su hora.

El 11 de abril desembarca con cinco acompañantes en playas cubanas, y la mañana del 5 de mayo se reúne en consejo con los generales Gómez y Maceo.

El pueblo lo aclama Presidente.

El 18 comienza a escribir a Manuel Mercado una carta que va quedar inconclusa.

Muere en acción de guerra al día siguiente, 19 de mayo de 1895, en Dos Ríos.

Al enterrarlo, días después, en Santiago de Cuba, el coronel español Ximénez de Sandoval dice:

"Señores: cuando pelean hombres de hidalga condición, como nosotros, desaparecen odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino un cadáver. Los militares españoles luchan hasta morir; pero tienen consideración para el vencido y honores para los muertos".



## II. MAS TRAZOS PARA SU RETRATO ESPIRITUAL

*Su anticatolicismo.*—Martí —escribe Manuel Pedro González— “no fué adepto a ninguna religión positiva u organizada, aunque en el fondo era un espíritu con sed religiosa”.

Formado en un catolicismo superficial, más tarde ataca a la Iglesia Católica especialmente en cuanto cooperadora de España (“el clero, por quien España perdura en América”).

Y como muchos de los interesados en desgajar del árbol español sus brotes, se afilió a la masonería desde joven; y de su catolicismo ya no sobrevivirá sino una borrosa huella estética.

*Su antiespañolismo.*—Las llagas que le dejaron en las piernas los grillos de cuando muchacho, solían reabrírsele. Pero la herida más tenaz fué la que le quedó en el alma: no cicatrizó nunca.

“La Historia de todos los países —ha observado Hernández-Catá— dice que sus enemigos fueron malos siempre”.

Martí había nacido de padres españoles y en tierra gobernada por españoles. Pero, formada en él la convicción de que la independencia de Cuba era necesaria, *español* pasó a ser sinónimo de injusto y malo. Y ya ni la historia ni la civilización y la cultura españolas se libran de sus saetas.

En cierta ocasión se excusa de escribir en papel español; y cuando, a propósito de la Exposición de París (1889), pasa revista a las civilizaciones de la historia, se olvida de España.

Y desde que se da cuenta en México y Guatemala de la grandeza del pasado indígena, se hace indigenista, exalta desmedidamente a Las Casas, denigrador de la colonización española; y cuando habla de que tenemos la obligación de conocer a nuestra América, se refiere sólo a los indios: olvida a los blancos y a los mestizos; y hasta la inocente palabra *patriarca* adquiere bajo su pluma un significado denigrante.

*Nuestra América y la otra.*—Pero no se descende de españoles en vano.

“El apóstol del separatismo cubano —escribe Chacón y Calvo— cuidaba mucho de distinguir lo hispánico del hecho colonial; combatía el régimen colonial de España, pero tenía un alto respeto por el espíritu español”.

Sobre todo a la lengua de España le guardó una lealtad de conocedor y enamorado.

Como procuraba evitar el calificativo de *español*, no llamó *española* a “nuestra América”. A veces dijo Hispanoamérica, pero más frecuentemente sólo “nuestra América”.

Y de los Estados Unidos, centro de sus operaciones durante 14 años y de los que trató en colaboraciones que hoy ocupan 17 volúmenes de la edición Trópico, desconfió desde el primer momento y siempre.

La guerra de Texas fué para él “una guerra infame”.

“En vano . . . nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como raíz y como hostia; ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí”.

Por eso la idea anexionista era para él “el peligro mayor, mayor tal vez que casi todos los peligros”.

“¿Quién por huir de un espantapájaros se echará a un horno encendido?”

Y conste que Martí conoció a los Estados Unidos de la otra América como ningún otro escritor de habla española.

“Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas”, decía a Mercado, la víspera de su muerte.

Un hombre que pensara o sintiera así, ¿podía ser panamericanista?

Era hispanoamericanista: "las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan los lazos".

Y, cosa curiosa, y reveladora de la profundidad de la impronta española, su larga permanencia en los Estados Unidos no lo hizo olvidar el ritmo castellano, como le pasa en el extranjero a tanto trasplantado.

*Otras notas.* "El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana", dijo una vez Diego Vicente Tejera.

Quienes le conocieron parece como que se contagiaron algo de su *charme* al pretender evocarlo; y cuentan, y no acaban, de él.

"Algo de niño conservó siempre", ha observado Hernández-Catá, y su dejo franciscano acaso esté relacionado con esa niñedad.

Tuvo amigos tan adictos como Fermín Valdés Domínguez, Enrique Estrázulas, Gonzalo de Quesada y Aróstegui y Manuel Mercado. Y la lista podría prolongarse mucho.

A pesar de que cautos consejeros gastaron frecuente empeño en frenarlo, vivió magnetizado por un ideal cívico (la obtención de la patria independiente), y con su poder eléctrico de persuasión magnetizó a los demás y se convirtió naturalmente en un caudillo civil, endeble pero ardiente; apasionado, pero sereno en medio de la borrasca.

Y acaso tanto como el de la rebelión tuvo el gusto por la mujer, no sólo en el aspecto de la carne "que tienta con sus frescos racimos", sino también en el de tierno reclinatorio en que apoyar la cabeza fatigada.

Otro distintivo suyo constante fué su capacidad de amalgamar el espíritu realista con la aspiración idealista, el sentido poético con el sentido práctico, como Santa Teresa, la que encontraba a Dios entre los pucheros.

### III. EL ESCRITOR Y LOS GENEROS LITERARIOS

Precocidad y abundancia son las características externas fundamentales en Martí escritor.

A 70 sube el número de volúmenes de sus *Obras completas* en la editorial Trópico (La Habana, 1936-1947, al cuidado de Gonzalo de Quesada y Miranda). Y nuevos investigadores elevarán todavía más esa cantidad.

Entre esas obras hay cartas y versos desde los 15 años, periodismo desde los 16, un drama poético a los 16, un ensayo político a los 18.

Y su dedicación al trabajo literario es tan constante, que, a pesar de haber vivido sólo 42 años, le dará derecho a contarse entre los escritores americanos de obra más copiosa.

Sin embargo, fuera de sus versos, no elaboró obras orgánicas. Preocupado ante todo de la patria, no tuvo tiempo de dejar en prosa algo digno de su nombre y que no fuera fragmentario.

*El periodista y el ensayista.*—Sus artículos, crónicas y ensayos periodísticos constituyen —dice Iduarte— “alrededor de las cuatro quintas partes de su obra impresa”.

Comenzó a los 16 años, en enero de 1869, en *El Diablo Cojuelo*.

Y fué editorialista, cronista parlamentario y teatral, crítico de arte, crítico literario, comentarista de asuntos de actualidad.

De entre los periódicos en que colaboró o de los que fué redactor, mencionaremos por orden cronológico especialmente *La Revista Universal*, México (1875); *The Hour*, Nueva York (1880); *The Sun*, Nueva York (1881); *La Revista Venezolana*, Caracas (1881); *La Opinión Nacional*, Caracas (1881); *La Nación*, Buenos Aires (1882); *La Pluma*, Bogotá; *El Partido Liberal*, México; *La América*, Nueva York (1883); *El Economista Americano*, Nueva



York (1887); *El Avisador Cubano*, Nueva York (1888); *La Edad de Oro*, Nueva York (1889); *La Revista Ilustrada*, Nueva York (1891); *Patria*, Nueva York (1892); y *La Revista Azul*, México (1894).

De ellos, llegó a dirigir *La América*, y fundó y dirigió *La Revista Venezolana*, *La Edad de Oro* y *Patria*.

Sin embargo, su participación periodística más trascendental acaso sea la de *La Opinión Nacional*, que inicia (1881) su difusión en Hispanoamérica; de *La Nación* de Buenos Aires, que populariza su firma y donde colabora muchos años, desde 1882; y de *Patria*, que acapara su atención desde 1892 hasta su muerte.

Fué un periodista documentado y empleaba una prosa gallarda y aún poética hasta en los trabajos de tema financiero.

Confirió categoría al oficio de periodista: "La prensa no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo".

Y a pesar de lo fundamentalmente fragmentario del género, hay en la mayoría de sus trabajos un hilo conductor que le permite decir en 1882 a B. Mitre y Vedia:

"Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros".

De ahí el que muchos de sus artículos puedan ubicarse dentro del ensayo, hecho muy de acuerdo con su calidad de pensador vigoroso y rico de ideas. Aunque don Miguel de Unamuno prefería llamarlo "sentidor", no pensador.

*El orador.*—Martí hizo de la oratoria una de sus grandes armas de acción. Y para muchos de sus contemporáneos fué orador ante todo.

En diversos pasajes de sus obras se refiere a la oratoria:

"No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra

hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas”.

Y a propósito de Wendell Phillips:

“No sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncadas, espumas crespas, rías anchurosas, gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines”.

Respecto a Martí mismo, lástima que fuera Vargas Vila el que lo dijera (*José Martí, apóstol libertador*, París, 1938, pp. 23-24), pero dijo así:

“La tribuna transfiguraba a Martí... Al poner los pies en ella, se agigantaba... Aquel hombre febril y encorvado se erguía recto como un flecha... La sonrisa desaparecía de sus labios, la expresión de su boca no se hacía mala, pero adquiría un rictus de severidad, que hacía de sus labios indignados el canal natural al torrente de sus palabras... el brazo derecho llevado atrás, colocado sobre los riñones, como si ocultara el carcaj repleto de sus flechas... la izquierda levantada, como si fuera a clavar en tierra una bandera, o como si trazara en vuelo sus metáforas, que eran como Alciones en el mar... La extendía luego hacia adelante, como si marcara el camino de la victoria a las huestes invisibles”.

Y Luis G. Urbina ya lo había recordado como sigue:

“Todos estaban allí, pero ¡cosa extraña! callados, inmóviles, atentísimos. Y entonces fué cuando, acercándome, empecé a oír una voz, y luego una palabra, y luego un final de discurso. La voz salía del centro del grupo; yo no alcanzaba a ver a la persona que hablaba; una voz de barítono atenorado, una linda voz cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así, entrar en nuestra alma, por milagro del sentimiento. Las palabras eran finas, nuevas, musicales, y armónicamente dispuestas, como gemas combinadas en el broche deslumbrante de un joyel. El discurso analizaba la estatua; ponderaba la ejecución; comentaba la

actitud; ensalzaba la generosidad del héroe y la interpretación del artista.

“Yo no oía; escuchaba, sentía, en un recogimiento pleno de elevación. ¿Quién derramaba así caudal tan espontáneo de elocuencia, vena tan rica de pasión y de fantasía? ¿Quién estaba improvisando arenga tan fastuosa, de sonoridades de clarín y de vuelos de bandera desplegada? Mi admiración corría parejas con mi turbación. Aquel orador me era desconocido. Su acento, ligeramente costeño, resultaba para mí un enigma. Cuando terminó, un aplauso unánime y un grito de entusiasmo desahogaron las emociones, se abrió el grupo y dió paso a un hombre pálido, nervioso, de cabello obscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apolínea, de frente muy ancha, ancha como un horizonte, de pequeños y hundidos ojos, muy fulgurante, de fulgor sideral. Sonreía, ¡qué infantil y luminosa sonrisa! Me pareció que un halo eléctrico lo rodeaba. Venía hablando todavía, como si el sonoro río del discurso se hubiese convertido en murmurador arroyuelo de palique. Mis amigos me vieron y corrieron a mí, agitando los brazos:

“—¡Ven, ven! —exclamaron—. ¡Es José Martí!

“Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz. Tenía salidas inesperadas; imprevistas torceduras del concepto; bruscos arrebatos de la dicción; sorprendentes hallazgos del neologismo. Su verbosidad era desconcertante y fascinadora. Había viajado y visto mucha vida, y, para traer a la charla cualquier pertinente episodio, recorría, alígero y palmo a palmo, la prodigiosa comarca de su memoria. Amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla”.

No escribía íntegramente sus discursos y arengas. (Los de Tampa y Cayo Hueso fueron recogidos por taquígrafos).

Siempre habló de lo que sabía; más todavía, de lo que se había hecho carne y espíritu suyo.

Todo lo decía de un modo sorprendente.

En Dos Ríos, momentos antes de morir, dirigió la palabra a sus mambises. Muchos no lo entendieron, pero lo escucharon embelesados, y todos hubieran querido morir por él.

Cerramos el párrafo con palabras de Iduarte, en su *Martí escritor* (segunda edición):

“Es, ante todo, un poeta, un orador poeta, mucho más que un orador lógico y que un orador parlamentario; conmueve, entusiasma, seduce, encanta, enajena; es orador de lucha: para la plaza pública y para el pueblo; es orador de sentimiento: hará llorar; la fe de los creyentes está con él, y la ternura de la mujer y del niño; su imaginación vasta, viva y arrebatada y su energía para sostener lo que piensa, le dan elocuencia y palabra florida” (página 114).

“La dulzura del poeta... iba acompañada de las cargas de caballería con la espada flamígera en alto —sus largos párrafos— y del macheteo tupido e innumerable de sus sentencias bíblicas” (página 131).

“Martí fué un gran orador, aunque el polo opuesto del orador profesional. Martí no cultivó nunca la oratoria como embeleso literario, ni vanidosamente se solazó con ella: la utilizó para altos fines, que es cosa bien distinta... Redime el gran instrumento envilecido por el charlatán común” (pág. 130).

*Sus cartas y diarios.*—Escribió muchas cartas. Las hay políticas, literarias, íntimas.

Y no las escribió para contarse, sino para aconsejar, alentar, consolar, y, a veces, desahogarse.

Son el medio expresivo en que mejor se trasluce su espíritu. Pero no limitemos su valor a ése de informarnos de su alma.

Unamuno recordaba:

“Lo que me lo reveló un hombre, todo un hombre, y un maravilloso escritor, fueron sobre todo sus cartas”.



Entre las últimas sobresalen las escritas a Carmita Miyares de Mantilla y a sus hijas María y Carmita.

Y a propósito de las Mantilla, en ellas también pensaba Martí al escribir sus *Diarios*, que no son sino prolongación de sus cartas.

*El crítico literario.*—Alaba más que ataca; pero no procede así por cálculo, sino porque le sale más fácilmente la alabanza.

Es fácil demostrar perspicacia haciendo ver las fallas de los demás. Pero a Martí tal tarea le es antipática.

Prefiere elogiar, y casi siempre se excede en el elogio. Abulta los méritos, borda arabescos inmerecidos.

Tiene de la crítica un concepto piadoso:

“Por este mundo hay que andar con la espada en una mano y el bálsamo en la otra”.

Pero ¿cuántos, fuera de Martí, podrían escribir como él *Sobre los oficios de la alabanza*?

*El autor teatral.*—El teatro le interesó durante toda la vida.

Dejó varios bocetos, proyectos, “núcleos de dramas”. Y entre lo que alcanzó a escribir, recordemos:

*Abdala*, poema dramático en verso (La Habana, enero de 1859);

*Adúltera* (Madrid, 1872-74), drama moralizador en prosa, del que, con saber que era echegarayesco, no hace falta agregar que era hinchado; y

*Amor con amor se paga* (México, 1875), dramita en un acto y en verso, y, sobre todo, de éxito.

*La narración imaginativa.*—Fuera del cuento infantil, no le interesaba el género novelesco.

Escribió, en nombre de una amiga, una novela: *Amistad funesta*; y adaptó de otros idiomas varios cuentos para niños.

*El traductor.*—Fuera de algunas versiones y adaptaciones insertas en *La Edad de Oro* (1889), y de otras muchas probables, mencionaremos las siguientes:

*Mis hijos*, por Víctor Hugo (*Revista Universal*, México, 1875);  
*Antigüedades griegas y Antigüedades romanas*, por J. M. Mahafy, Appleton, Nueva York, 1883;

*Misterio*, por H. Conway, Appleton, Nueva York, 1886;  
*Nociones de lógica*, por W. S. Jevons, Appleton, Nueva York, 1886;

*Ramona*, por Helen Hunt Jackson, Nueva York, 1888;

*John Halifax, caballero*, por Dinah María Craig (¿1888?);

*Lalla Rookh*, por Thomas Moore;

*La rima*, soneto, por Augusto de Armas (*Ahora*, La Habana, 17-X-1934);

*El tejedor*, por Enrique Heine (*Ahora*, La Habana, 27-I-1935).

*El poeta.*—Martí es, atendida la cantidad, un escritor en prosa.

Y atendida la calidad, su obra de orador, ensayista, comentarista de la actualidad y epistológrafo, también es superior a su obra en verso.

Y es que, como dice Hernández-Catá, “Martí vivió poéticamente su prosa y la escribió tan fúlgida y vibrante, que es casi toda cántico, y, en ocasiones, hasta casi verso” (p. 217).

Por eso, sin distinguir entre poeta en prosa y poeta en verso, se puede afirmar que Martí es fundamentalmente poeta.

Y por lo que toca al verso, puso en él sus mayores entusiasmos; y tanto apreciaba “el sagrado ejercicio”, que, siendo por la cantidad, y con frecuencia también por la calidad, un escritor en prosa, no publicó en prosa una sola obra orgánica, representativa, y en cambio cuidó personalmente la edición de dos obras poéticas, y dejó ordenada, lista para la imprenta, otra.

Para él los poetas eran “estos jóvenes eternos”, “estos sentidos exaltados, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de

ella”, “estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas” (Prólogo al *Poema del Niágara*, de J. A. Pérez Bonalde).

“El poeta, maestro de gracia y naturalidad, de intimidad honda, de encantadoras puerilidades, de exquisitos hallazgos expresivos”.

Fuera de los dos volúmenes que publicó en vida (*Ismaelillo*, 1882; y *Versos sencillos*, 1891) y del que dejó listo para la imprenta (*Versos libres*), escribió Martí otros versos, entre los cuales los insertos en *La Edad de Oro* (1889). Pero aquí me referiré especialmente a los tres volúmenes ya nombrados.

De los tres, el que, a pesar de haberlo ordenado su autor personalmente, apareció póstumo (*Versos libres*, 1913), fué escrito primero: entre 1878 y 1882, y corresponde a la época más perturbada de su vida.

En el prólogo se lee:

“Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados... Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida”.

Hay en ellos un ímpetu, un fuego, un resplandor hebraicoespañol, agudizados por el incendio del trópico y por circunstancias de la vida del poeta.

Angel Augier ha hecho notar la audacia renovadora de algunos de estos *endecasílabos hirsutos*.

Aves de plata, estrellas voladoras...  
 En la mano fatal la flor del sueño...  
 El cielo, el cielo, con sus ojos de oro...  
 Una tranquila claridad de boda...

¿Y aquella imagen?

en las nubes  
 los astros locos arrojaban llamas

Unamuno calificaba el verso martiano de esta colección como “el más libre, el más suelto, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua”.

Y Jorge Mañach escribió:

“Cuando aun prevalecía en España y en sus colonias literarias el fetichismo de la preceptiva neoclásica, Martí rompía metros y ritmos para hacer de su verso como “crin hirsuta”. Cuando aún no prosperaban sino los residuos del patetismo romántico, o la fría plástica de las Academias, él desencadenaba las voces más profundas y convocaba al lenguaje sus concreciones más enérgicas... La poesía no era para él forma ni actitud, sino cosas y vida” (página 160).

El primer libro que Martí publicó fué *Ismaelillo* (1882), escrito entre 1881 y 1882. (Es el homenaje poético al hijo.

“El ataque directo y la pasmosa simplicidad —dice Alfonso Reyes— comunican a las emociones paternales una gracia deliciosa”.

Moldes: la seguidilla, el romance y otros tan simples como éstos.

En cuanto a sus *Versos sencillos*, aparecen en 1891, dedicados a sus amigos Manuel Mercado, mexicano, y Enrique Estrázulas, uruguayo.

Los había escrito en 1890, en las montañas de Catskill, en un descanso impuesto por los médicos, y corresponden a una época en que ya había vencido: escribe en varios periódicos del continente, es cónsul de tres países, está por acabar de organizar el Partido Revolucionario Cubano. Pero, bajo esa apariencia triunfal, hay una herida que duele: la vida conyugal irremediablemente rota.

¡En el prólogo escribe:

“¿Por qué se publica esta sencillez escrita como jugando, y no mis encrespados *Versos libres*, mis endecasílabos hirsutos...? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya pú-



blicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en las formas llanas y sinceras”.

Moldes: la redondilla, el romance, la cuarteta (en alguna ocasión, cuarteta monorríma, intencionadamente primitiva).

Pero “la sencillez de Martí —dice Gabriela Mistral— no es nunca primarismo, es decir, facilidad de primer plano y ahorro de hondura... Esta sencillez nada tiene de simple”.

“La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles”, concluye Darío.

Y Andrés Iduarte:

“Son los versos clásicos comunes, pero no comunes en su tiempo, ni como todos: restaurados y remozados. Es la vuelta a lo clásico, pero con sentido moderno” (p. 111).

De las composiciones de *Versos sencillos*, la que ha logrado una difusión mayor, es, sin duda, *La niña de Guatemala*, expresión de un recuerdo doloroso en que José Ma. Chacón y Calvo ve “fragmentos de viejo romance o canción antigua, conservados por la tradición popular”.

Para Hernán Díaz Arrieta (*Alone*) “es una balada..., de una belleza límpida, de un diseño gracioso, alado, suave”.

Y para Gabriela Mistral:

“A pesar de cuanto realizó el modernismo en poesía sensual auditiva y visual... el poema más donoso, el de ritmo más cimbreante que se haya escrito en la América Latina”.

#### IV. EL INTELLECTUAL Y EL ARTISTA

##### *Formación.*

Yo vengo de todas partes  
y hacia todas partes voy.

“Educado un poco a la diablo”, Martí es fundamentalmente un autodidacto.

Y no fué un ignorante: alcanzó amplia cultura general.

“Quien estudie atentamente su obra se sorprenderá de la variedad y vastedad de sus lecturas, bien aprovechadas, gracias a su fina sensibilidad y claramente organizadas por un talento de excepción” (Iduarte, p. 60).

La base es naturalmente española, lo que desde luego explica su estoicismo en el matiz senequista, su dramatismo, su gusto por la frase sentenciosa y barroca.

Había estudiado la literatura española a fondo y leído sus clásicos, especialmente a Cervantes, Santa Teresa, Calderón, Quevedo, los dos Luises, Saavedra Fajardo, Gracián; y entre los más modernos, apreciaba el lenguaje de Pereda, el arte de Tamayo, y conocía a Alarcón, Valera, Pérez Galdós, doña Emilia y Palacio Valdés; sabía gustar de la densidad de Bécquer; y por lo sentencioso sobreestimó a Campoamor.

De las literaturas extranjeras, frecuentó la Biblia en traducciones; parece que leyó el griego, el latín y el alemán y conocía bastante bien a varios de sus escritores representativos; hablaba y leía el portugués y el francés (el Lammenais de *Paroles d'un croyant*, Hugo, Sully Prudhomme, Baudelaire, Mendès, Coppée, Banville, Flaubert, los Goncourt, A. Daudet, Zola...); y de su dominio del inglés en hombre que vivió largos años en Nueva York, baste decir que admiraba a Shakespeare, Emerson y Whitman y, sobre todo, que supo darse cuenta de las limitaciones de Wilde.

Desde el punto de vista ideológico, fuera de la base cristiana y española tradicional, conviene sumar, en los años iniciales, el influjo de su maestro Mendive, el de Luz y Caballero, y más tarde, el de Sanz del Río y demás krausistas españoles; el trascendentalismo de Emerson y el pragmatismo inglés y norteamericano.

Por lo demás, en este terreno, y como escribe Mañach, “sufrir una influencia, ¿no es, al cabo, elegirla?” Y, sobre todo, siempre está por encima de “la raíz, el ala”.

En resumen, y como dice Iduarte (p. 59):

“La cultura de Martí era... sobre todo literaria y medular-

mente española, con buena base clásica y con sucesivos y ricos aportes de lo francés, lo norteamericano e inglés y, probablemente, de lo alemán, amén de otros contactos circunstanciales con las principales lenguas y literaturas modernas”.

*Hacia un americanismo literario.*—En 1878 escribía a José Joaquín Palma:

“Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las simas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh amigo mío!, tanto como apostatar”.

Años más tarde (1893) insistía:

“Una literatura altivamente americana, de observación fiel y directa, cuyo beldad y nervio vienen de la honradez con que la expresión sobria contiene la idea nativa y lúcida. Del peso de la idea se quiebran las frases, antes quebradas al peso de flores traperas y llanto de cristalería”.

Se burlaba de los que salen “con antiparras yanquis o francesas”.

No usó clisés ni recetas.

Proclamó la independendencia literaria así como luchó por la independendencia política.

Y, en términos de Jorge Mañach, ha llegado a ser “el primer acento genuinamente personal que se da en la prosa cubana”.

*Señorío de la palabra.*—Le preocupaba el arte de decir: ¿no habla por ahí de “escribir con la clara limpieza y elegancia sabrosa y giros gallardos del idioma castellano”?

Y ciertas advertencias de 1893 a Gonzalo de Quesada y Aróstegui nos revelan que no olvidaba ni la gramática ni la puntuación:

“Que no quede una frase sin sentido gramatical. Las comas lo ayudan, cultive las comas”.

Había leído a Sanz del Río y demás krausistas españoles, y sin embargo, no se había contagiado de su lenguaje laberíntico.

Hombre amarrado a muchos quehaceres, escribía sin norma fija, de cualquier modo, de prisa, en cualquier parte, sobre las rodillas.

Y su dominio del idioma y señorío del estilo permitían que, aun en clima tan poco propicio, fueran brotando bajo su pluma o su lápiz esos párrafos apretados, densos, nerviosos, precisos; esas frases relampagueantes, sentenciosas como aforismos; esas metáforas delicadas o audaces que se precipitan unas sobre otras y, sin embargo, no producen el efecto de confundir sino de iluminar de un modo veloz y constante; esas cláusulas de ritmos variados; esas palabras cargadas de sugestión; esa prosa de poeta que musita o que clama, y que eleva de categoría los temas más vulgares; esa prosa de gran escritor.

*La retórica eterna.*—Con frecuencia hablaba en imágenes.

“Los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos”.

“Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas, que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso a los que persiguen a los héroes?”

Como se ve, las figuras patéticas acuden con espontaneidad a sus labios o a su pluma: la prosopopeya, la interrogación, la exclamación, el apóstrofe, la hipérbole.

La metáfora a veces se le prolonga en brillante alegoría.

Respecto a las descripciones, hay que relacionarlas tal vez con su frecuentación de los pintores.

Otros recursos suyos frecuentes: el símil, la antítesis.



Es interesante hacer notar que no le fueron familiares ni la ironía ni la perífrasis: no correspondían a su espíritu bondadoso y franco.

A pesar de su práctica oratoria, cuando recurre a la ampliación, lo hace en oraciones yuxtapuestas o coordinadas, pocas veces subordinadas, y con frecuencia emplea oraciones cortas, sentenciosas.

*Aclaramiento.*—En Guatemala lo llamaron doctor Torrente. Y allí y en otras partes pudieron anotársele la cargazón de sus párrafos, el amontonamiento de ideas que a veces llegan a estorbarse, lo tupido de algunas oraciones.

Y es que “el trópico —dice Luis Franco— está en Martí con su naturaleza intrincada, afiebrada y convulsiva y su fecundidad monstruosa, entre el susurro de alma encantada de la palma real y el silbido celeste del sinsonte”.

Pero esta exuberancia tropical no es lo mismo que el estilo de períodos interminables tan frecuente en los escritores de habla española en su época.

Las suyas son, con más frecuencia —se acaba de decir—, simples series de oraciones yuxtapuestas, o coordinadas por *y* o por *o*.

Y, además, a medida que se acerca a la muerte, que presiente la muerte (“para mí, ya es hora”), se simplifica, se adelgaza, se aclara y serena, y escribe sus mejores páginas.

Porque —como él mismo sugería— “el arte de escribir, ¿no es reducir? . . .

Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color”.

*José Martí y el modernismo.*—Ya en el prólogo de la adaptación huguiana de *Mis hijos* (1875), declaraba (Martí:

“En las estrecheces de una escuela yo no vivo. Ser es más que existir . . . No hay romanticismo ni clasicismo”.

Romántico por temperamento, porque, como diría más tarde Darío, “¿quién es que no es romántico?”, rompió desde muy temprano las barreras románticas y clasicistas y auspició un verso que al mismo tiempo fuera nervio, luz y matiz; un verso vibrante, ágil y natural:

“Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava... Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal”.

“Contra el verso retórico y ornado, el verso natural”.

“Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti”.

Un verso espontáneo y hasta desaliñado.

Porque su poesía es emanación de vida. O, como dice Manuel Pedro González, “en él, el verso brota espontáneo de grandes dolores y angustias o de una dulce placidez cordial, pero siempre enraizado en su vibrante emotividad”.

Amigo de Manuel Gutiérrez Nájera desde 1875, en 1893 intiman; y Martí hace en esa ocasión algo que no acostumbra hacer: sigue las huellas de Gutiérrez Nájera y el modernismo en los versos a la hija: Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillefert.

Ese homenaje humano a la hija y amistoso y literario al padre, no es obstáculo suficiente para afirmar que Martí no siguió recetas. Ni las siguió ni las preparó para los demás.

Por eso, aunque desde cierto punto de vista precursor del modernismo, el modernismo como escuela lo subestimó o lo vió como a militante de otras filas.

Pero, ya se sabe: sobreviven, perduran las individualidades; las escuelas envejecen.

¿Qué queda hoy, por ejemplo, de las exóticas japonerías, qué de las princesas liliales, qué del helenismo versallesco, qué del decadentismo finesecular?

Y otra pregunta: ¿en qué sentido podría defenderse la tesis de Martí precursor del modernismo?

La pregunta tal vez está mal formulada: en vez de *modernismo* habría que escribir *renovación literaria*. Y entonces sí que habría que insistir en ciertas conquistas, o, por lo menos, prédicas de Martí: defensa y práctica de la libertad formal, el toque leve, el olvido de lo inmediatamente anterior, aunque a veces ese olvido no sea más que regreso a lo clásico.

Premodernista, o nada de eso, y aunque por demasiado sencillo no lo reconociera el modernismo de escuela, su influjo entre algunos modernistas parece innegable.

En 1893, Darío viene a Buenos Aires por la caprichosa ruta Nicaragua-Nueva York-París. Veinte años después recordará en su autobiografía:

“De pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: ¡Hijo!”

¿Cómo justificamos este *hijo*, que Darío recoge tan ufano?

Desde luego, el *Whitman* de Martí (1887) provocaría el medallón respectivo en *Azul* (1888); *Los zapatitos de rosa* y determinados pasajes de *La Exposición de París* (piezas ambas de *La Edad de Oro*, 1889) influirían en *A Margarita Debayle* (1908). De Martí también derivan, parece, determinadas ideas de la oda *A Roosevelt*, de la *Salutación al Aguila* y de la *Epístola a la señora de Lugones*, ideas intensificadas en Darío por su permanencia en España.

De las de Martí, finalmente, arrancarían la crónica vivaz, a la francesa, de Darío, y acaso hasta las de los frívolos y finos Enrique Gómez Carrillo y Ventura García Calderón; los exabruptos de Unamuno; los recados de Gabriela Mistral, “una de las almas más afines con la de Martí que han brotado en América”, dice Manuel Pedro González.

El mismo Manuel Pedro González escribe:

“La frondosa imaginería, el metaforismo desenfrenado que en América se elevaron por los años del veinte al cuarenta a la cate-

goría de culto y fin en sí mismo, fueron poco propicios a la recta evaluación de la poesía martiana, de signo diametralmente opuesto. En tanto en Martí la palabra y la metáfora no son más que vehículos de la idea y de la emoción . . . , en las nuevas modalidades se invirtió el orden de los valores”.

Pero la furia vanguardista también ha sido, al fin, superada.

Cerremos estas notas con dos testimonios esclarecedores y de peso:

El de Federico de Onís (1934):

“La sencillez y libertad a que aspiró su poesía consistió en dar lo más puro, elevado y complejo de sí mismo, en supremo esfuerzo de originalidad . . . Su originalidad innovadora tampoco basta para encasillarle entre los precursores del modernismo. El espíritu de Martí no es de época ni de escuela: su temperamento es romántico . . . ; pero su arte arraiga de modo muy suyo en lo mejor del espíritu español, lo clásico y lo popular . . . ; su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces”.

Y el de Andrés Iduarte:

“En Martí había todo lo bueno del modernismo, sin su pega; había todo lo bueno de lo español, sin el rendimiento a lo más barato, lo vistoso; había lo elemental, lo indio y lo español, que está también en lo mejor de Darío. Y precisamente en esa parte mejor de Darío había mucho de Martí” (p. 306).

“Como estuvo y está en el corazón de lo mejor del modernismo sin escuela que pudo conocerlo —Darío, Unamuno, Juan Ramón, Gabriela Mistral—, lo está en la de toda verdadera poesía, sobrepasando modas y derrotando cenáculos” (p. 310).

## V. AL CABO DE LOS AÑOS

*Todo por Cuba.*—Con un trozo de los grillos que llevó como penado en las canteras, se hizo Martí un anillo que ya no se quitó.



En adelante su vida tendría un objeto absorbente: la libertad de Cuba.

Por Cuba renuncia familia, carrera profesional, fortuna, amor. Y Cuba ya estará para él siempre en un trasfondo inevitable, sobre todo por la nostalgia: la isla se le idealiza por la lejanía.

Tendrá que ganarse la vida anónimamente, a brazo partido y en un medio hostil, entre obstáculos de todo orden.

Y pone en su tarea una constancia ejemplar, muy en consonancia con quien ha dicho:

“Perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra”.

“El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente”.

Y a este propósito, fué héroe no tanto por haber muerto en una acción de guerra suscitada por él mismo, sino más bien por haber luchado muchos años por un ideal y haber sabido sufrir por él.

Su madre suele escribirle cartas débiles de ortografía y fuertes en muchas cosas de más peso: “Quisiera pensaras menos en los demás para pensar más en los tuyos, que bien lo necesitan”; o

“El que se mete a redentor sale crucificado”.

Pero él contesta:

“Usted se duele, en cólera de su amor, del sacrificio de mi vida... ¿Y por qué nací de usted con vida que ama el sacrificio?”

Y sigue en su prédica políticosocial, de conductor de hombres. Sin Gómez no hubiera habido guerra, por lo menos entonces; pero sin Martí no habría habido ni el clima propicio a la guerra.

Y Martí pospuso no sólo familia y posición: sacrificó su carrera literaria: su literatura fué una literatura comprometida, de utilidad social, ante todo.

Pero... ya se sabe: todo sacrificio merece recompensa, aún en esta vida.

Desde luego, la lucha le vigorizó y agudizó más el entendimiento, le robusteció el carácter y preservó de grasa inútil a sus músculos.

Y si a Martí le hubiera tocado vivir en una Cuba independiente, o si su vida no se hubiera encauzado como se encauzó, su obra literaria tal vez habría ganado en organicidad, pero habría corrido el riesgo de diluirse en exquisiteces, y acaso no habría tenido esa consistencia, esa densidad eléctrica derivada de las urgencias de la acción y que la colocan sobre las modas.

La acción, pues, dió a su estilo un tinte especial —lo humano sobre lo humanístico, lo vital sobre lo literario— que lo sacó del retoricismo pequeño y lo afinó y lo elevó.

Y así, este hombre que puso en su vida su partícula de genio, ha llegado a ser la mayor personalidad histórica de su patria y al mismo tiempo su mayor escritor.

Y, otra suerte: “murió a tiempo —ha dicho José de Armas— para no haber visto de su obra sino el aspecto más bello”; murió al comienzo heroico de la guerra, antes de la ayuda oportunista del yanqui, y no alcanzó a la prueba de fuego del que ya es gobierno.

Si hubiera vivido más, acaso hubiera muerto del descontento que iban a padecer Varona, Byrne...

*Su fama de escritor.*—Martos había dicho de Martí:

“Es el hombre de más talento que he conocido”.

Pero, en general, lo que sus contemporáneos admiraron en Martí —y conocieron— fué casi exclusivamente el orador.

Sobreviene la muerte, y comienza a levantarse una montaña de papel ditirámbico, exaltación, divinización del caudillo heroico, tanto como postergación del escritor.

Pero, primero Rubén Darío, Miguel de Unamuno, los Henríquez Ureña, y luego Gabriela Mistral, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez, Roberto F. Giusti, Andrés Iduarte y otros, sin contar a la gente de Cuba, nos han enseñado a admirar al escritor sin olvidar la veneración del hombre.

Y la personalidad de Martí se precisa y crece con el tiempo.

De tal modo que elogios como los que copio a continuación nos parecen sencillamente justicieros:

“La lupa del crítico podrá descubrir en la trama algunos estambres hilados antes por otros: allí un encadenamiento de frases de procedencia bíblica, aquí un relampagueo de imágenes victorhuguiano; y difusa, la casticidad de los escritores del Siglo de Oro, desde la difícil sencillez de Santa Teresa a los primores barrocos; pero la lujosa tela, prieta y flexible, centelleante e irisada, que se despliega armoniosamente, es obra de arte personalísimo. No es lo menos admirable en él la variedad de tonos y ritmos, siempre acordes con el asunto y el pensamiento. Su discurso tiene el paso suelto y desembarazado, libre de ataduras formales. Por momentos marcha majestuoso y solemne, como sableando. Es épico, pindárico, elegíaco, sentencioso. No desdeña el arcaísmo ni teme al neologismo. Ahora se dilata en anchas olas castelarianas, ahora crepita en la concisión nerviosa de Saavedra Fajardo; pero sin dejar nunca de ser él mismo. Recorre toda la gama de la expresión. Hablando de su prosa, se nos imponen los símiles musicales, como se le impusieron a Darío cuando lo “cantó”, a su muerte, con acentos que parecen arrebatados al mismo Martí, cuya influencia sufrió sin duda el nicaragüense, así como ha dejado rastros en el estilo cordial, tan suyo, de Gabriela Mistral” (R. F. Giusti).

“Primitivo, elemental, conciso aún en los momentos en que parece un torrente, claro hasta la luz del relámpago y a la vez con túneles de dramática oscuridad, confidencial sin chabacanería, familiar en medio de la elocuencia, con un tono guerrero para hablar de Bolívar y otro filial para referirse a Hidalgo, traductor de la calma de las viejas ciudades conventuales como del tráfago neoyorkino, culterano doblado en juglar, amplio sin viento, rico sin relleno, aristocrático sin rebusco” (Andrés Iduarte, p. 93).

“José Martí enseñó a palpar a la prosa americana. La adiestró en la amplitud de su respiración; mostróle su libertad posible y la grandeza de su originalidad. Nunca, antes de él, nuestra prosa cen-

telleó como en sus manos; nunca se irguió con tan segura agilidad, cruzando airoso de la quietud a la tempestad, del arrobó a la imprección; nunca fué más intachablemente precisa y más suelta y fácil, como de quien usaba la pluma por espada en su batallar por la redención de América" (José Luis Martínez).

Es "el primer *creador* de prosa que ha tenido el mundo hispánico" (Guillermo Díaz-Plaja).

## VI. FUENTES CONSULTABLES

De entre la selva de papel sobre Martí, mencionaré algunos de los títulos que más me han servido:

Archivo Martí. Al cuidado de Félix Lizaso, La Habana, desde 1940 adelante. Van publicados vols. I a XVII. Lo cito ArchM.

Cuadernos Americanos. México, mayo-junio de 1945. Corona a José Martí en que colaboraron José Gaos, Benjamín Jarmés, Juan Larraya, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, José Luis Martínez, Francisco Monterde, José de J. Núñez y Domínguez, Fernando Ortiz, José Antonio Portuondo, Alfonso Reyes, Manuel J. Sierra y Agustín Yáñez.

Reprod. en ArchM., VIII, pp. 11-123.

Armas y Cárdenas, José de: Martí, en Diario de la Marina, 28 de octubre de 1908. Reprod. en Ensayos críticos de literatura inglesa y española, Madrid, 1910, pp. 207-214, y ArchM., VII, pp. 261-268.

Boti, Regino E.: Martí en Darío, en Cuba Contemporánea, 1925, XXXVII, pp. 112-124. Reprod. en ArchM., VII, pp. 378-388.

—De re martiana, en Revista Cubana, 1938, XI, pp. 175-186.

Caillet-Bois, Julio: José Martí, en ArchM., X, pp. 314-422.

Chacón y Calvo, José María: La Literatura de José Martí, en Romance, México, 1940, I, N.º 11. Reprod. en ArchM., I, pp. 28-31, con el título de Una figura continental.

Daireaux, Max: José Martí, en ArchM., IV, pp. 123-140.

Darío, Rubén: José Martí, en Los Raros. Reprod. en ArchM., VII, pp. 323-330.

—José Martí, poeta, en La Nación, Buenos Aires, mayo y junio de 1913. Reprod. en ArchM., VII, pp. 331-356.

Díaz Arrieta, Hernán (Alone): Gabriela Mistral y José Martí, en



El Mercurio, Santiago, 11-VI-1939. Reprod. en *Indice*, La Habana, número 3, marzo de 1940, pp. 11-13.

Echagüe, Juan Pablo: José Martí, personalidad de América, en *ArchM.*, XV, pp. 19-28 y *Estampas históricas y valoraciones críticas*, Buenos Aires, Kraft, 1950, pp. 206-223.

Esténger, Rafael: *Vida de Martí*, Ercilla, Santiago, 1936.

Florit, Eugenio: *Notas sobre la poesía de Martí*, en *ArchM.*, IV, 1941, pp. 15-27; y *Revista Iberoamericana*, N.º 8, febrero de 1942, pp. 253-266.

Franco, Luis: Martí, escritor, en *La Prensa*, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1950. Reprod. en *ArchM.*, XVII, pp. 325-330.

Giusti, Roberto F.: José Martí, en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1945. Reprod. en *ArchM.*, VIII, pp. 23-28.

González, Manuel Pedro: *La revaloración de Martí*, en *Universidad de La Habana*, 1935, IV, pp. 5-22, y *Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas*, México, 1951, pp. 133-150.

—José Martí, epistológrafo, en *Revista Iberoamericana*, N.º 25, octubre de 1947. Reprod. en *ArchM.*, XIV, pp. 465-476.

—*Fuentes para el estudio de José Martí*, La Habana, Dirección de Cultura, 1950.

Henríquez Ureña, Max: José Martí, en *Cuba Contemporánea*, 1913, II, pp. 5-10.

—*Introducción a Páginas escogidas de Martí*, París, Garnier, 1919, pp. VII-XXI.

Henríquez Ureña, Pedro: Martí escritor, en *La Discusión*, La Habana, 25-X-1905. Reprod. en *ArchM.*, VII, pp. 358-360.

—Martí, en *Sur*, N.º 2, 1931, Buenos Aires, pp. 220-223. Reprod. en *Repertorio Americano*, 18-VII-1931.

—*Introducción a Nuestra América de Martí*, pp. 7-9, Buenos Aires, Losada, 1939.

Hernández-Catá, Alfonso: *Mitología de Martí*, Madrid, 1929.

Iduarte, Andrés: Martí escritor, México, 1945. Seg. edición, Dirección de Cultura, La Habana, 1951.

Jiménez, Juan Ramón: José Martí, en *Repertorio Americano*, 16 de abril de 1940; *ArchM.*, I, pp. 9-12; y *Espanoles de tres mundos*, Losada, Buenos Aires, 1942, pp. 32-36.

Lazo, Raimundo: Martí y la política, en *ArchM.*, XV, pp. 29-43.

Lida, Raimundo: José Martí, en *Páginas selectas*, de Martí, Estrada, Buenos Aires, 1939, pp. VII-XV. Reprod. en ArchM., I, páginas 44-49.

Lizaso, Félix: Martí, místico del deber, Buenos Aires, Losada, 1940.

—Martí y su círculo familiar, prólogo a *Antología familiar de Martí*, La Habana, 1941, pp. 5-40.

—Busca y hallazgo del hombre en Martí, en *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*, años XXXI y XXXII, La Habana, páginas 60-75.

Magdaleno, Mauricio: *Prólogo a Martí*, Secretaría de Educación Pública, México, 1942, pp. VII-XXXIX.

Mañach, Jorge: Martí el apóstol, Madrid, Espasa-Calpe, 1933. Segunda edición en *Colección Austral*, Buenos Aires, 1942.

—El estilo de Cuba y su sentido histórico, en *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*, La Habana, tomo XXV, 1944, páginas 24-89.

—José Martí, en *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*, La Habana, 1949, pp. 109-129.

Marinello, Juan: El poeta José Martí, en *Poesías de Martí*, La Habana, 1929, pp. XV a XLVIII.

—Gabriela Mistral y José Martí, en *Repertorio Americano*, 30 de enero de 1932; *Revista Bimestre Cubana*, 1932, pp. 232-238; y *Literatura Hispanoamericana*, México, 1937, pp. 23-32.

—Martí artista, en *Literatura Hispanoamericana*, México, 1937, pp. 11-22.

—La españolidad literaria de José Martí, en ArchM., IV, páginas 42-66.

Méndez, Manuel Isidro: José Martí, París, 1925.

—Martí, La Habana, 1941.

Mesa Rodríguez, Manuel I.: *Letra y espíritu de Martí a través de su epistolario*, La Habana, 1950.

Meza Fuentes, Roberto: *De Díaz Mirón a Rubén Darío*, Nascimento, Santiago, 1940, pp. 55-68.

Mistral, Gabriela: El trópico y José Martí, en *El Mercurio*, Santiago, 24-VII-1932, y *Hoy*, Santiago, 4-III-1937.

—La lengua de Martí, La Habana, 1934. Reprod. en ArchM., XVI, pp. 139-152.

—“Los versos sencillos” de Martí, en *Revista Bimestre Cubana*, marzo-junio de 1938, pp. 161-175; y prólogo a *Versos sencillos de Martí*, La Habana, 1939, pp. 3-34. *Reprod.* en *ArchM.*, XVI, pp. 153-163.

Nieto Caballero, Luis Eduardo: *La vida iluminada de Martí*, en *Revista de las Indias*, Bogotá, N.º 47, noviembre de 1942, pp. 289-336.

Nucete-Sardi, José: *Cecilio Acosta y José Martí, binomio de espíritus*, en *Anales de la Academia de Historia de Cuba*, enero-diciembre de 1948, pp. 7-22. *Reprod.* en *ArchM.*, XV, pp. 100-111.

Onís, Federico de: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, 1934, pp. 34-37.

Piedra-Bueno, Andrés de: *Martí*, La Habana, 1939.

Remos y Rubio, Juan J.: *Historia de la Literatura cubana*, tomo III, La Habana, 1945, pp. 5-71.

Rodríguez Embil, Luis: *José Martí el santo de América*, La Habana, 1941.

Ronald: *Las mujeres en el camino de Martí*, en *Revista Nacional*, Montevideo, N.º 111, marzo de 1948. *Reprod.* en *ArchM.*, XVII, páginas 384-392.

Santovenia, Emeterio: *Genio y acción: Sarmiento y Martí*, La Habana, 1938.

Schultz de Mantovani, Fryda: *Dimensión íntima de Martí*, en *Revista Cubana*, La Habana, julio-diciembre de 1950, pp. 5-22; y *Fábula del niño en el hombre*, Sudamericana, Buenos Aires, 1951, pp. 169-195.

Soto-Hall, Máximo: *La niña de Guatemala*, Guatemala, 1942.

Unamuno, Miguel de: *Sobre los “Versos libres” de Martí*, en *Heraldo de Cuba*, La Habana, 18-II-1914. *Reprod.* en *ArchM.*, XI, páginas 7-9.

—*Notas de estética. Cartas de poeta*, en *Nuevo Mundo*, Madrid, 10-X-1919. *Reprod.* en *ArchM.*, XI, pp. 16-18.

—*Sobre el estilo de Martí*, en *Germinal*, Cárdenas (Cuba), 1921. N.º 2, pp. 2-4. *Reprod.* en *ArchM.*, XI, pp. 11-14.

Valle, Rafael Heliodoro: *Versos desconocidos de José Martí*, en *La Prensa*, Buenos Aires, 31-VII-1949. *Reprod.* en *Repertorio Americano*, 10-XII-1949, y *ArchM.*, XIV, pp. 444-448.

Weber, Frida: *Martí en La Nación*, de Buenos Aires, en *Revista Cubana*, La Habana, vol. X, N.ºs 28-30, pp. 71-105.

Z. de Baralt, Blanche: *Martí íntimo*, en *ArchM.*, VII, pp. 389-399.